



Universidad Autónoma
del Estado de México

GUARDIANES DE LA IMAGINACIÓN



Andrea Fernanda Abonce Pasillas
Alexis Eduardo Mondragón Arroyo (Ilustración)



Primera edición, septiembre 2021

Guardianes de la imaginación

Andrea Fernanda Abonce Pasillas

Segundo lugar del Octavo Concurso de Cuento Infantil

Alexis Eduardo Mondragón Arroyo

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Editor

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-347-1

Hecho en México

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



GUARDIANES DE LA IMAGINACIÓN

Andrea Fernanda Abonce Pasillas

Alexis Eduardo Mondragón Arroyo

Ilustración



Universidad Autónoma
del Estado de México

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Octavo Concurso de Cuento Infantil
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)

Director del Centro de Actividades Culturales
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2021
Javier de Jesús López Castañares
José Roberto Anaya López
Mirna Guadalupe Ramírez Luna
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

Jurado del Octavo Concurso de Cuento Infantil
Paloma Cuevas Ramos
Guadalupe Vera García
Gabriela Trejo Rodea
Marcela Fonseca Capetillo



¡Hola! Mi nombre es **Andrea** y te voy a contar un secreto: puedo escuchar a la imaginación. Sé que te preguntarás cómo es eso posible, pues bueno, no siempre pude hacerlo...



Sucedió un martes, ese día estaba muy emocionada, tanto, que me levanté antes que el despertador sonara y me alisté para ir a la escuela, de hecho, cuando mamá se despertó yo ya estaba desayunando un plato de cereal. Quería llegar tempranísimo y encontrarme con mis amigos, para ser los primeros en estrenar la nueva resbaladilla que colocarían en el patio de juegos, ¡sería **súper divertido!**



Después de dejar mi mochila en el salón, salí disparada para verla, ¡ahí estaba la nueva **resbaladilla**! Era la más grande que había visto, seguramente desde arriba se podría ver todo el mundo, además, era de mi color favorito: amarillo. Quería subirme y probarla, pero les había prometido a **Agus** y a **Valentina** que los esperaría.

Esperé y esperé hasta que de pronto vi acercarse a Agus, sin embargo, no se veía contento, parecía, más bien, **aburrido**.

—¿Qué ocurre, Agus? ¿No te emociona la nueva **resbaladilla**? —pregunté.

—No sé qué me está pasando, anoche tuve una horrible pesadilla y cuando desperté me sentía así, como **raro**.

—De seguro fue por el susto, pero no te preocupes, vamos a subirnos a la resbaladilla y te sentirás mejor.



Nos acercamos a las escaleras, había una fila de niños que también se querían subir, pues ya era más tarde. Mientras estábamos formados vimos llegar a **Valentina**, le hicimos una seña para que se nos uniera. Ella tampoco estaba feliz. Nos contó que también tuvo pesadillas anoche. Qué raro.

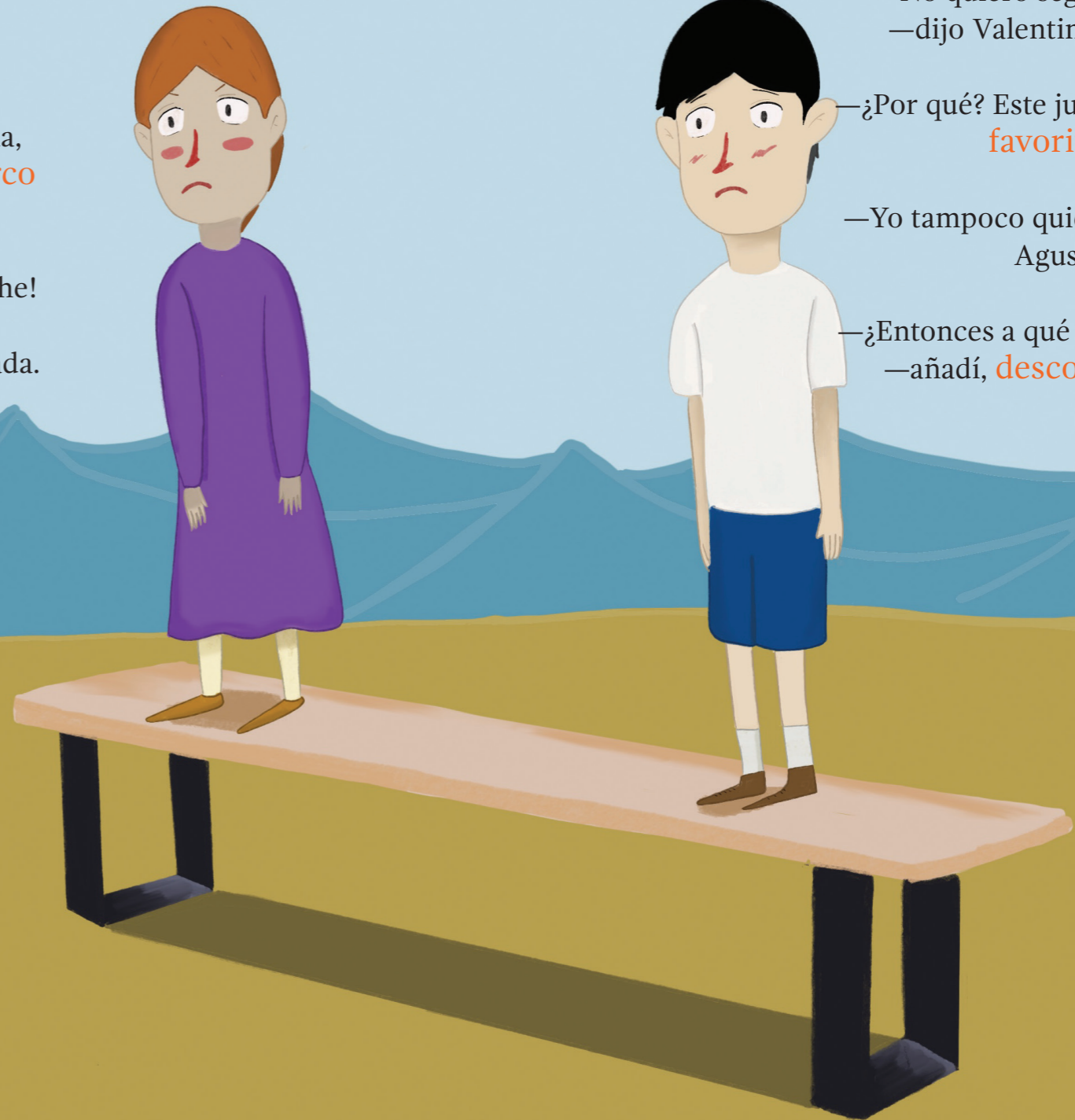
Por fin fue nuestro turno de subir, en verdad se podía ver todo desde arriba, me senté y detrás de mí se sentaron Agus y Valentina. Nos resbalamos los tres juntos en trencito.

—¡Fue **increíble**! —dije, brincando.

Pero Agus y Valentina no dijeron nada. En ese momento sonó el timbre que indicaba que debíamos ir al salón para empezar las clases. Quizá en el recreo se compondrían.

A la hora del descanso la nueva resbaladilla estaba muy llena, por lo que les propuse que jugáramos sobre una banca al **barco pirata**. Tomé una hoja para que fuera el mapa del tesoro.

—¡Miren eso! ¡Es nuestro peor enemigo, el pirata Doble Parche! Tenemos que recuperar el tesoro que nos robó mientras dormíamos —Salté de la banca e hice como que batía mi espada.



—No quiero seguir jugando
—dijo Valentina enojada.

—¿Por qué? Este juego es nuestro **favorito**.

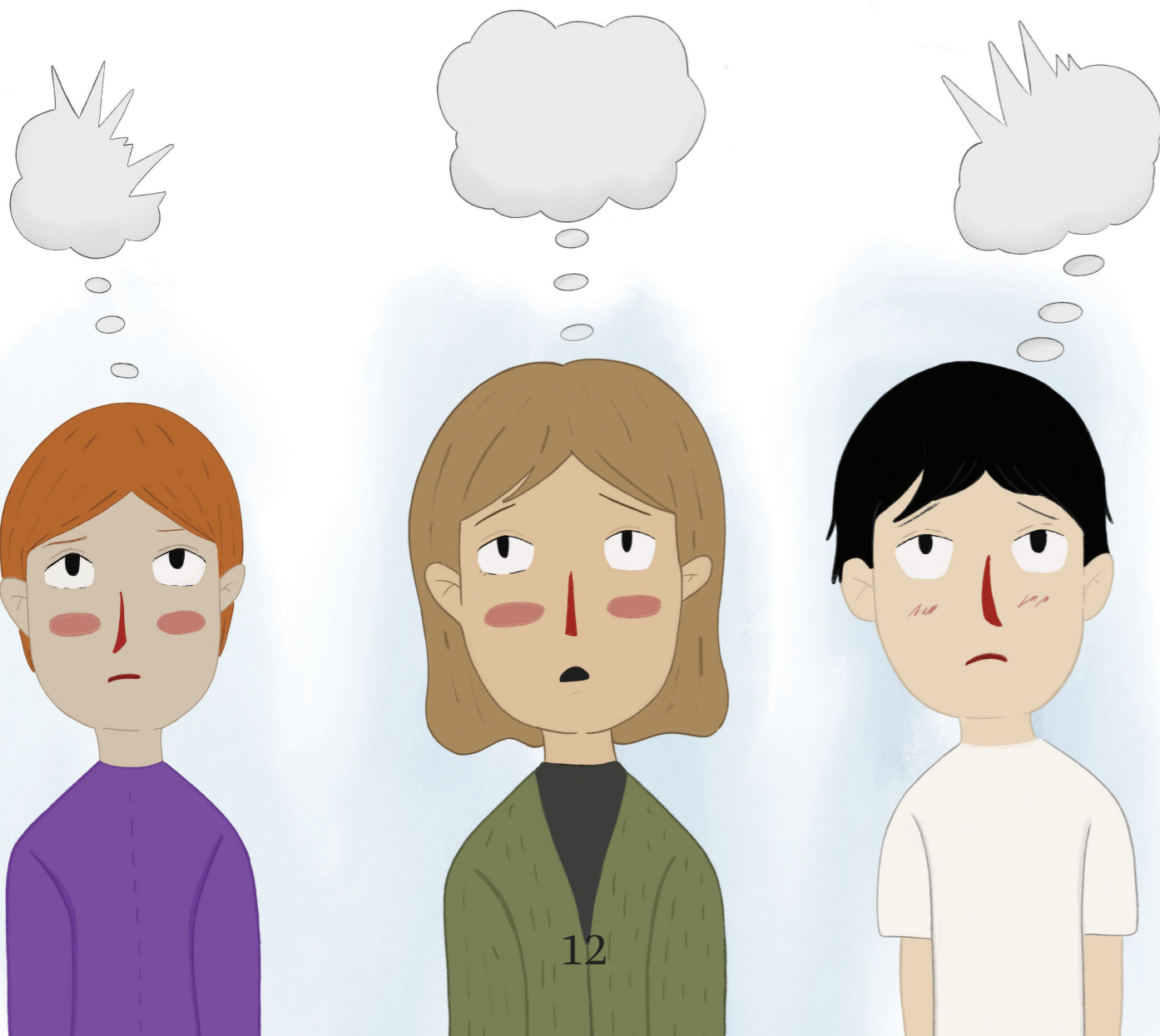
—Yo tampoco quiero —se quejó Agus.

—¿Entonces a qué quieren jugar?
—añadí, **desconcertada**.

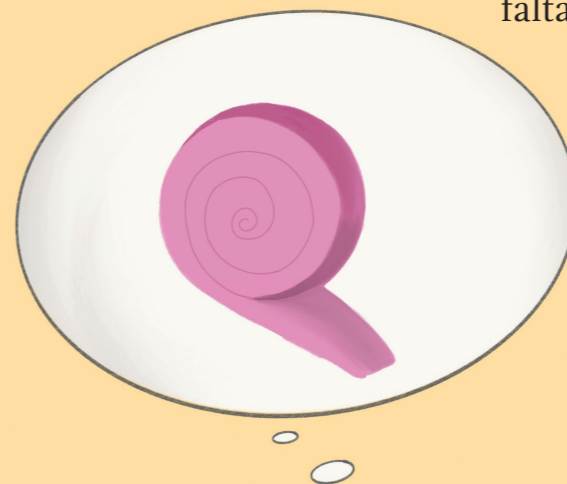
—No lo sé, es que no puedo pensar nada, antes, cuando jugábamos era como si mi mente se pudiera transformar y dibujar todo lo que me imaginaba frente a mí, pero hoy ni siquiera pude imaginar que esta banca fuera un barco pirata —dijo confundido Agus.

—Me pasa lo mismo, incluso en la clase, cuando la maestra nos pidió que dibujáramos nuestro animal favorito, no supe cómo hacerlo. Mi cabeza está en blanco —agregó **Valentina**, preocupada.

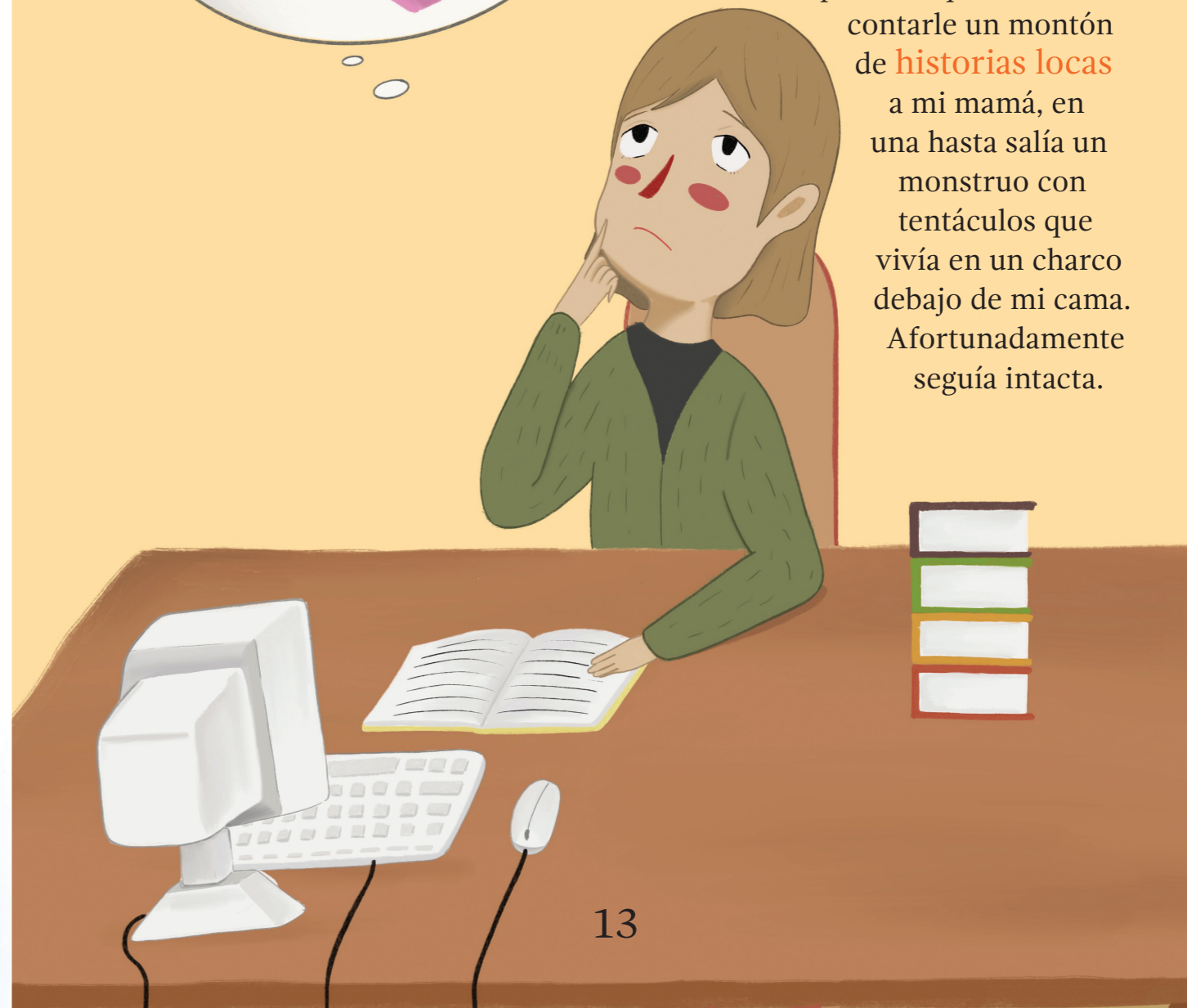
Eso era lo más extraño que había escuchado en mis ocho años de vida, ¡que alguien no podía imaginar nada! Era imposible, seguramente estaban bromeando o algo así. Hicimos un montón de pruebas antes de que terminara el recreo: caras y gestos, mímica, inventé animales raros y les dije que trataran de imaginarlos, también que cerraran los ojos mientras hacía ruidos y les contaba una historia, pero nada funcionaba, mis amigos se habían quedado sin **imaginación**.



Aquella tarde me la pasé pensando en mi cuarto de qué forma podría ayudar a mis amigos a recuperar su imaginación; busqué en los libros, en internet, hasta en mi propia mente; **inventé** una máquina que creaba chicles hechos con un potente antídoto imaginador. Lo único que me faltaba eran los materiales para construirla y los ingredientes del antídoto, que aún no sabía cuáles eran.



Me dormí tan preocupada de despertar sin imaginación que cuando me levanté lo primero que hice fue contarle un montón de **historias locas** a mi mamá, en una hasta salía un monstruo con tentáculos que vivía en un charco debajo de mi cama. Afortunadamente seguía intacta.



Quería llegar temprano a la escuela, pero esta vez no para probar la resbaladilla, sino para visitar la **biblioteca**. Llegar a la escuela nunca había sido tan aterrador.

Ayer solo eran mis amigos, pero hoy la mitad de los alumnos de la escuela parecían zombificados, caminaban de un lado a otro con rostros aburridos. También algunos de los padres tenían los mismos síntomas. ¡**Todo el mundo estaba perdiendo la imaginación!** ¿Pero, por qué se les iba? ¿Qué era lo que provocaba tal desgracia? Tenía tanto miedo que corrí a la biblioteca y me escondí entre una pila de libros. Cuando se me pasó un poco el susto salí de puntitas y busqué, busqué y busqué sin encontrar nada que me dijera cómo recuperar la imaginación.

—¡Necesito **respuestas!** —grité, con la esperanza de que alguna especie de magia apareciera la máquina productora de imaginación.

De pronto, escuché un “psst psst”. Miré a todos lados. Psst psst, sonó de nuevo. Seguí el sonido, venía de en medio de un libro color rojo intenso, ¿sería un **hada**?

—¿Hola? —pregunté.

¡Nadie respondió, así que tomé el libro, lo abrí y pasé rápido sus hojas. No vi nada raro, quizá solo había sido mi imaginación. Lo coloqué sobre una mesita y justo cuando me disponía a seguir mi investigación algo se cayó a mis espaldas. Era el mismo libro, tirado en el suelo y abierto de par en par.

De pronto, de entre las páginas empezó a salir una **luz brillante** de colores, parecía un arcoíris; el libro temblaba y sacaba chispas. Era algo increíble. Unos instantes después la luz empezó a tomar la forma de un niño, justo de mi tamaño, su piel era colorida y su cabello se mecía en el aire, como si flotara. Me sonreía.

—¡Hola, Andrea! —dijo, pero no movió la boca, era como si su voz se escuchara desde dentro de mi cabeza, una **voz mágica** y melodiosa.

—Ho... hola. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Ee... eres un fantasma? —cuestioné asustada.

—No, no temas, no soy ningún fantasma. Mi nombre es **Leo** y soy el alma de este libro. Sé tu nombre porque ya me has leído antes.

—No sabía que los libros tuvieran alma, ¿vives dentro del libro?

—¡Tooodos los libros del mundo tienen alma, y nuestro hogar está dentro de ellos! Cuando un escritor imagina algo, nos crea, vivimos en su cabeza como ideas hasta que nos escribe y entonces nos vamos a vivir al libro. Somos quienes mantienen vivas las historias y nos encargamos de llevar la magia a los **lectores**.

—¡Suenan **maravillosos**! Pero, ¿no es muy aburrido estar siempre dentro del libro?

—¡Para nada! Es de lo más **divertido**, no nos aburrimos nunca, cuando alguien nos lee nos transportamos a su cabeza y vivimos las aventuras una y otra vez, pero nunca igual, ya que cada lector se imagina las cosas de diferente manera.

—De pronto, Leo puso cara triste— Bueno..., eso era antes.

—¿A qué te refieres?

—Al igual que todos, las almas de los libros necesitamos comer, nos alimentamos de la **imaginación** de quienes nos leen y eso nos da felicidad, pero desde hace tiempo nos han dejado abandonados y poco a poco nos hemos quedado sin comida. ¡Yo soy uno de los pocos afortunados, ya que tú me leíste! Es por ello que decidí pedirte ayuda, algo terrible está sucediendo, supongo que ya te habrás dado cuenta de que tus **amigos** no son los mismos...



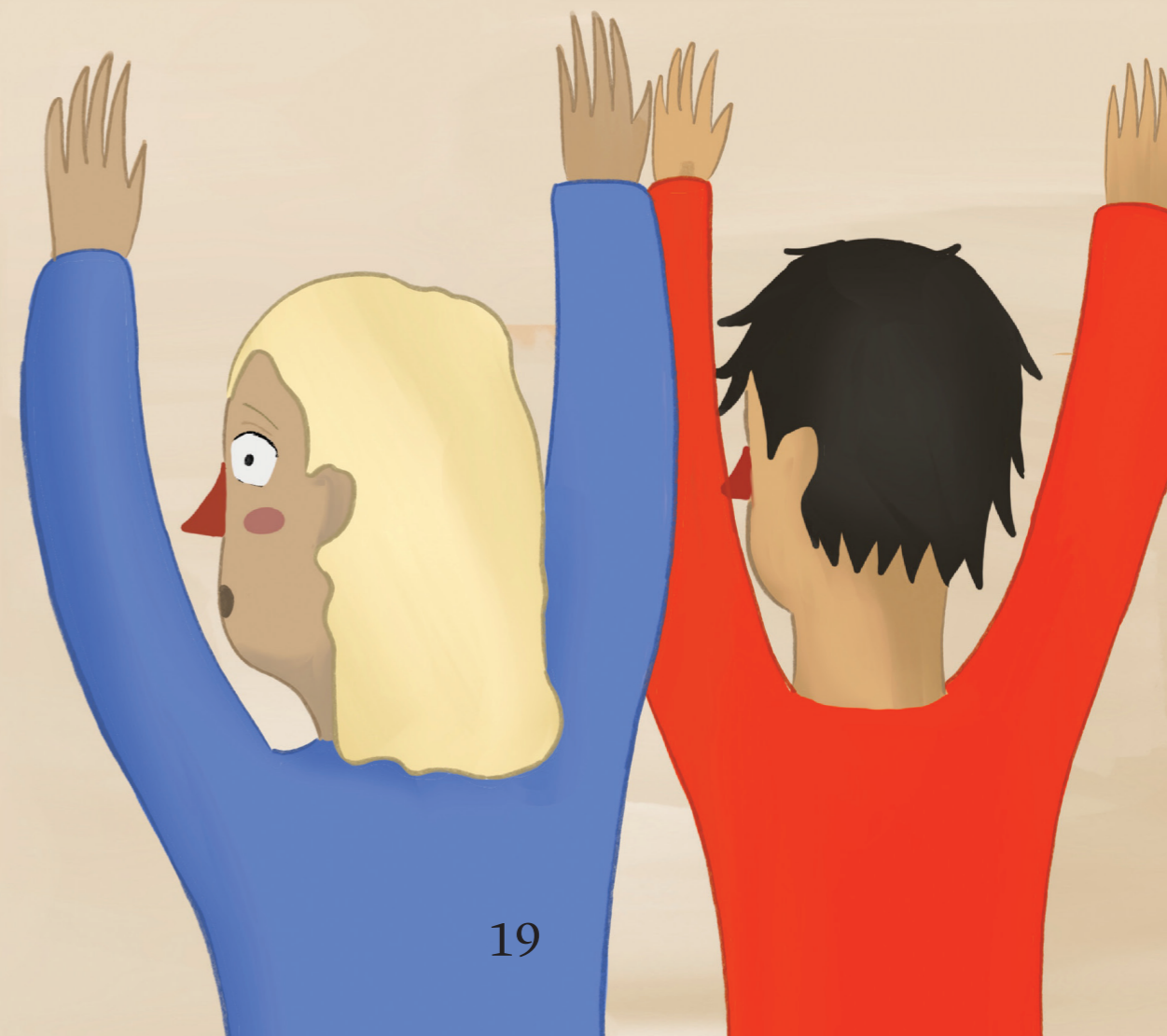


—Así es, están muy extraños, parecen **zombis**, como si les hubieran robado la imaginación.

Leo puso cara de preocupación, ambos nos sentamos en una banquita para que él me contara lo que estaba pasando.

—Estábamos muy tristes, había almas a las que nunca las habían leído y no sabíamos cómo ayudarlas, fue cuando **Bog** descubrió el secreto para poder salir del libro, se asomó por primera vez al mundo humano y nos dijo que encontraría a algún niño que quisiera leerlo, luego regresaría. Pasaron varios días y nadie sabía nada de Bog, hasta que una mañana lo vimos regresar, más triste que nunca.

Nos contó que los niños no podían verlo, que los había perseguido por los pasillos sin éxito, y lo que peor lo había puesto era darse cuenta que nadie tenía interés por los libros, asegura que vio varios abandonados o maltratados y que, incluso, las personas no hacían uso de su imaginación. A pesar de todo, Bog dijo que tenía la **solución** a nuestros problemas de hambre. Nos contó que estando en el mundo humano había tomado un poquito de la imaginación de un niño y que era tan, pero tan deliciosa, que quizá todos podríamos hacer eso para no seguir teniendo hambre y ser felices. Varios salieron de los libros y fueron en busca de personas que no leyeran y que no usaran su imaginación, y se la comieron. Lo que no sabíamos era que las personas se pondrían así al perderla. Intentamos regresárselas, pero no supimos cómo hacerlo. Entonces, las almas se pusieron más **tristes** por lo que habían ocasionado, tanto que decidieron que no volverían nunca más a los libros.



Me quedé tan impactada que al principio me costó creer todo lo que Leo me había dicho, nunca me habría imaginado que por nuestra culpa y por no querer leer, los libros se hubieran puesto tan tristes. **Tenía que hacer algo**, pero no sabía qué.

—¿Y qué pasará si las **almas** no vuelven jamás? —pregunté preocupada.
—Intenta abrir cualquier libro y lo descubrirás.

Tomé un par que estaban en el estante de enfrente, los abrí y dentro no había ni una sola letra, ¡estaban completamente en **blanco**! Desesperada abrí más y más libros; solo unos cuantos tenían letras, eso era tan triste que me dieron ganas de llorar, no me podía imaginar un mundo sin libros.

—Tranquila, Andrea, encontraremos una solución, pero antes deberás tomar esta **pócima mágica**.

—Leo sacó un frasco del interior de su pecho, contenía un líquido dorado, me pregunté si sería el **antídoto imaginador**.

—¿Qué es?

—Es para que puedas ver a todas las demás almas, a mí me puedes ver porque ya me leíste.

Tomé el frasquito, lo destapé y bebí hasta el fondo, el líquido sabía como a **miel** y a **manzana**.

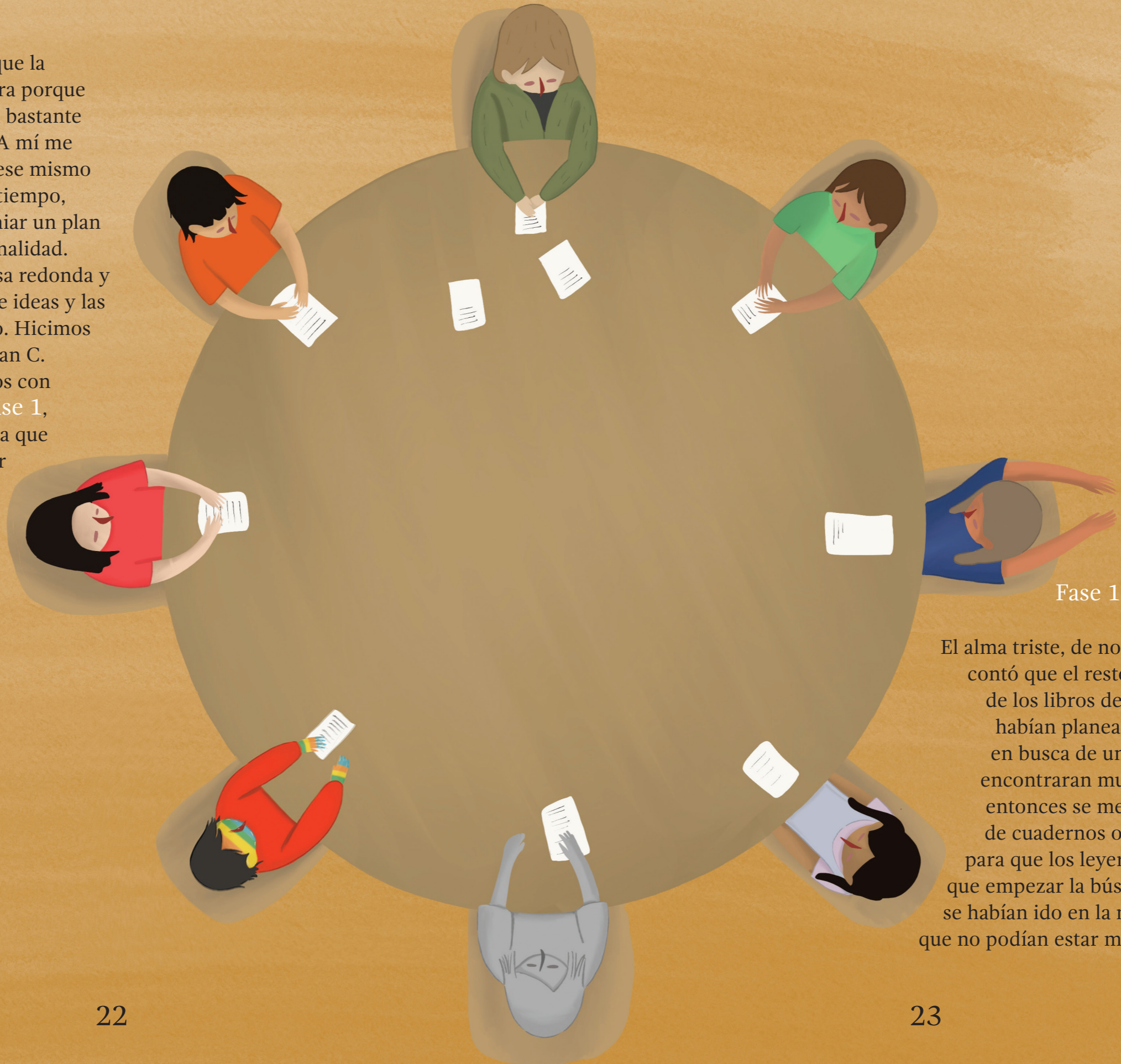
—Así es como sabe la **imaginación** —mencionó Leo saboreándose—, por eso también la extrañamos tanto.

—¡**Es riquísima!** —dije, y lamí hasta la última gotita del frasco.

En ese momento empecé a sentir un calorcito dentro de mí, una felicidad me invadió y entonces frente a mí aparecieron seis almas de libros, casi todas eran de colores, pero había una gris. Me miraban sorprendidas.



Las saludé; Leo me dijo que la que estaba de color gris era porque estaba triste, ya que hacía bastante tiempo que nadie la leía. A mí me daban ganas de leerla en ese mismo momento, pero no había tiempo, antes, teníamos que ingeniar un plan para volver todo a la normalidad. Nos reunimos en una mesa redonda y empezamos a dar miles de ideas y las anotamos en mi cuaderno. Hicimos el plan A, el plan B y el plan C. Pero al final nos quedamos con un plan de dos fases: la fase 1, convencer a las almas para que regresaran; y fase 2, traer de vuelta la imaginación de las personas.

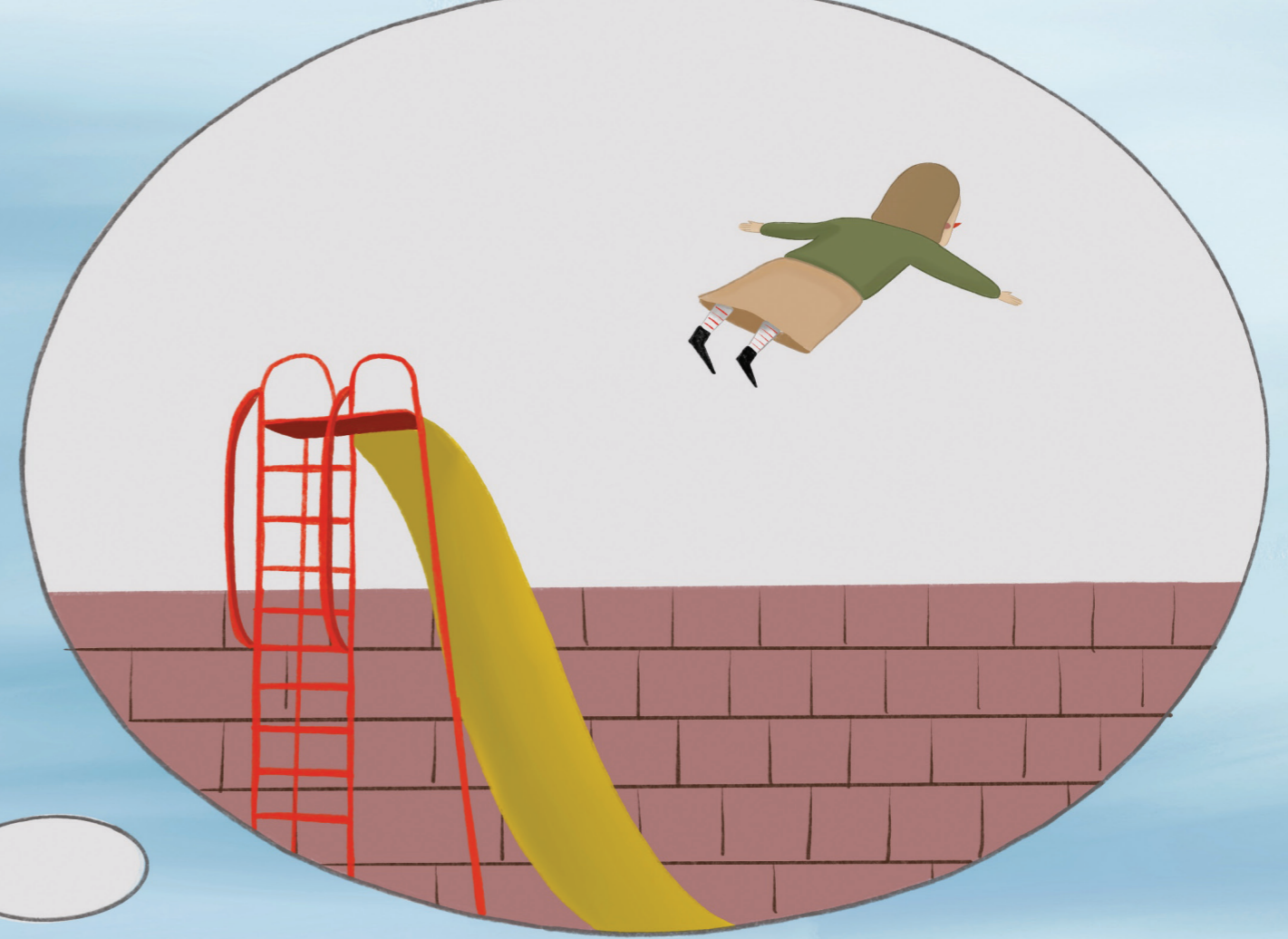
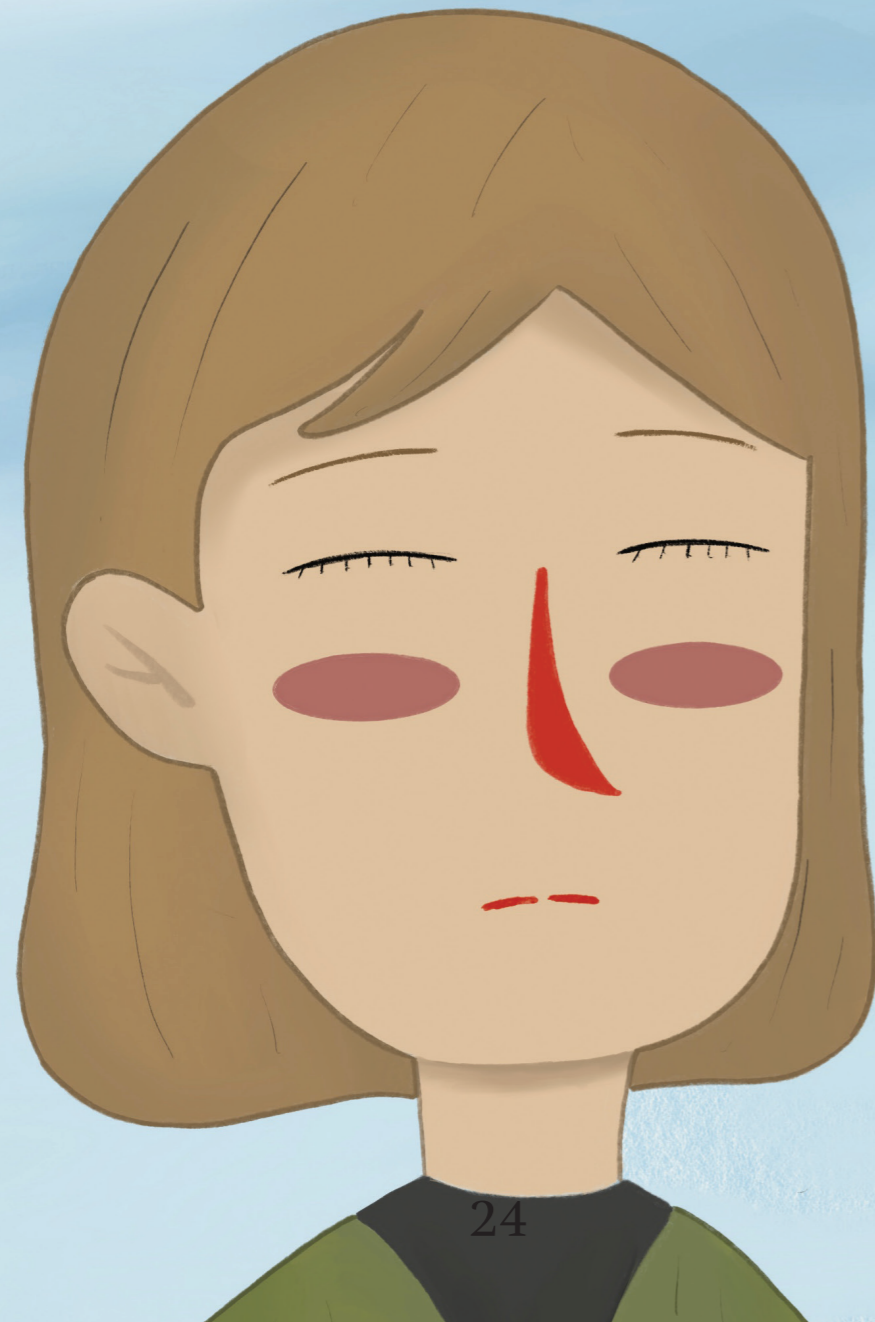


Fase 1

El alma triste, de nombre Mer, nos contó que el resto de las almas de los libros de la biblioteca habían planeado irse lejos, en busca de un lugar donde encontrarán muchos lectores, entonces se meterían dentro de cuadernos o libros vacíos para que los leyeran. Teníamos que empezar la búsqueda; apenas se habían ido en la mañana, así que no podían estar muy lejos.

Salimos silenciosamente de la **biblioteca**. Entre todo, se me olvidó que estaba dentro de la escuela y que las clases ya habían comenzado hacía un buen rato. Seguro para las almas sería fácil salir, pero a mí no me dejarían por nada del mundo. Tendría que camuflarme y, aunque lo lograra, yo no tenía la llave del portón de salida.

Nos ocultamos tras unos arbustos para pensar y entonces lo conseguí, ¡usaríamos la nueva **resbaladilla**! Estaba tan alta que una vez ahí, las almas harían un puente para mí y llegaría hasta la barda, luego me ayudarían a bajar.



Para atravesar el patio, me hice bolita y caminé en cuclillas en medio de las almas. Todas me rodearon, ya que de esa forma me haría **invisible** para los demás.

¡Funcionó! Llegamos hasta el patio de juegos y ahí nos trepamos a la resbaladilla. Pero la barda estaba más lejos de lo que esperábamos, la idea del puente no sería posible. Entonces, Leo sonrió, dijo que ya sabía qué hacer. Susurró algo al resto de las almas y todas me rodearon y me sujetaron en un gran abrazo.

—Andrea, tú tienes la imaginación más fuerte que hayamos conocido y nosotras podemos trabajar con ella para crear lo que desees, así que cierra los ojos e imagina que **vuelas** sobre la barda y aterrizas del otro lado, mis amigas y yo nos encargaremos del resto.

Tenía que confiar en las almas, era la única forma de salvar al mundo. Cerré los ojos, sentía que mis manos temblaban, me concentré lo más posible, **imaginé** que un par de alas me crecían en la espalda y que comenzaba a aletear y a alzarme del suelo, alto, muy alto, más arriba incluso de los árboles.




Con un poco de temor abrí los ojos, y era verdad, ¡estaba **volando**! Leo y Mer eran mis alas y las demás almas volaban a mi alrededor. Pasamos la barda y bajamos en el jardín del lado contrario.

—**¡Eso fue increíble!** ¡Lo más maravilloso que he vivido! —Yo brincaba de emoción.

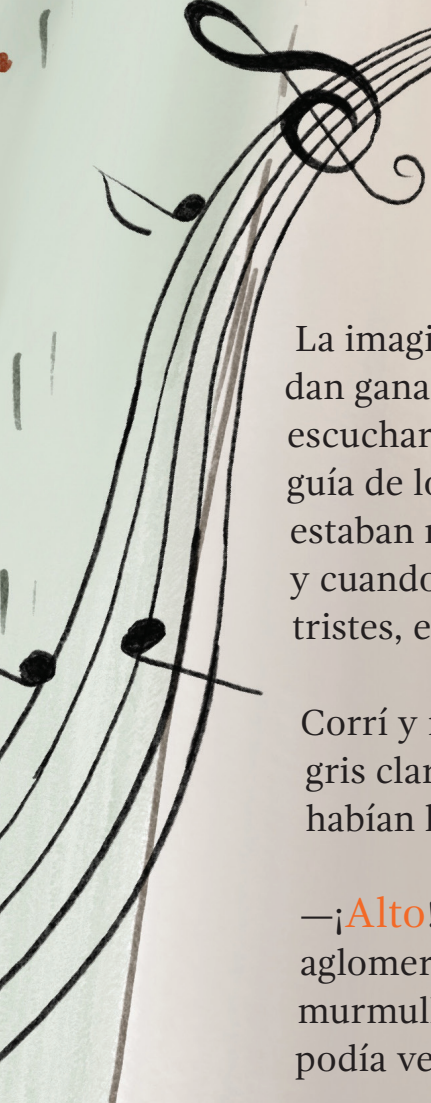
—¡Lo sé! —respondió Leo— Y eso es solo un poco de lo que los **libros** te podemos hacer sentir.

—¡Todos deberían leer siempre! ¡Es **mágico**!

Después de celebrar nuestra victoria en el escape, seguimos nuestro camino en busca de las almas tristes. Estábamos tras el rastro de la imaginación, allá era a donde se dirigían.



—Mi nombre es Andrea y vine a impedir que abandonen sus libros, sin ustedes todos nos volveremos **zombis sin imaginación**.

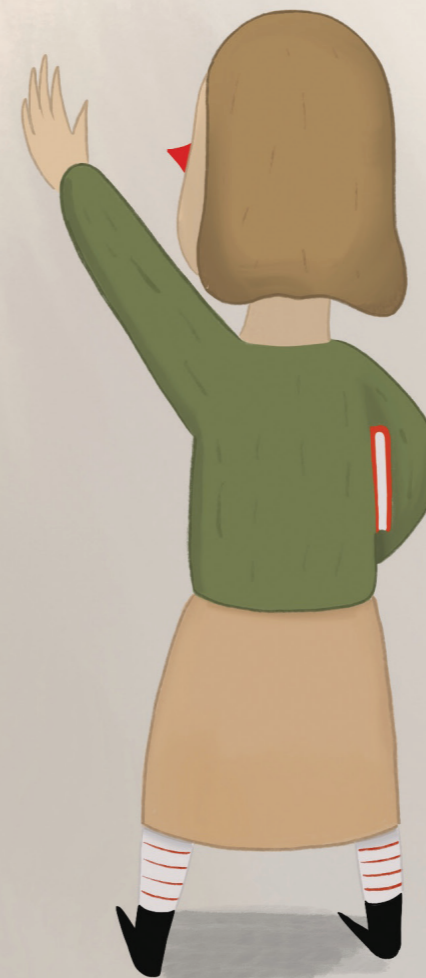


La imaginación se escucha como una **melodía** tan alegre que dan ganas de bailarla y sonreír. Yo era la única que podía escucharla gracias a la poción que me dio Leo, así que fui la guía de los demás. Conforme avanzábamos por las calles, que estaban más vacías que nunca, la **música** se hacía más fuerte, y cuando menos lo esperamos ahí estaban todas las almas tristes, eran cientos de ellas.

Corrí y me puse frente a la multitud, todas eran de un color gris claro, pues aunque habían comido **imaginación**, no las habían leído y eso no las ponía felices del todo.

—¡**Alto!** —grité— ¡Alto ahí, almas tristes! —Entre la aglomeración se veían rostros confundidos y se escuchaban murmullos de almas que preguntaban a otras cómo es que podía verlas.

—¿Quién eres tú? —preguntó el alma que dirigía a las demás, seguro era Bog.



—Pero ya nadie quiere leernos, nos quedamos años y años esperando y solo salimos para descubrir que no nos quieren aquí —dijo triste Bog—, además fuimos demasiado lejos tratando de tomar su **imaginación**, provocamos una desgracia.

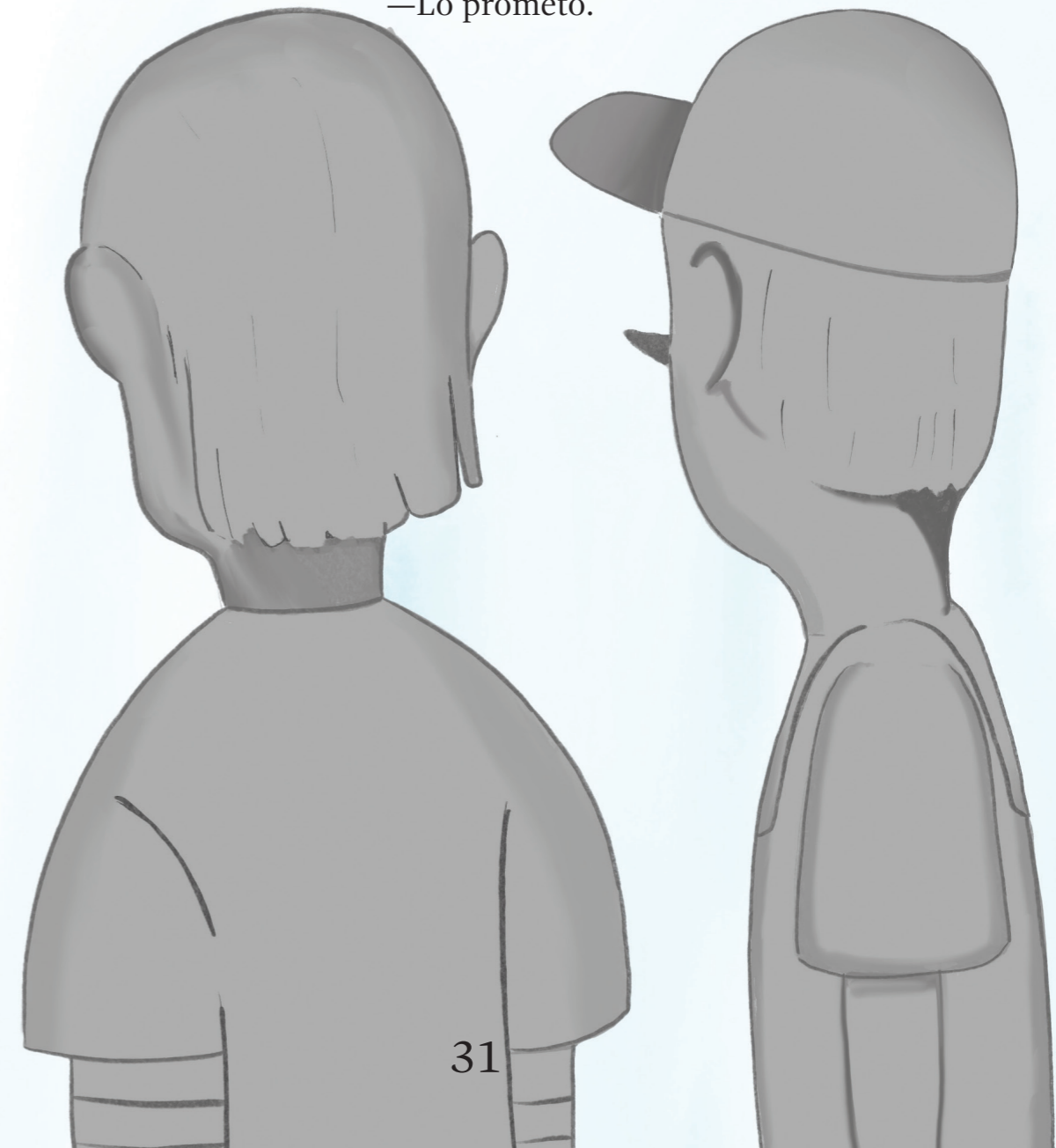


—Eso no es verdad, lo estuve pensando y los humanos tenemos capacidad de **imaginación infinita**, todos se volvieron zombis cuando les quitaron un poco porque no la usan, entonces no saben cómo producir más, pero si ustedes regresan a los libros yo encontraré la manera de que la recuperen —añadí decidida.

Las almas de los **libros** parecían dudosas y no se convencían de lo que les estaba diciendo.

—Si regresamos, ¿**estás segura de que nos van a leer**? —preguntó Bog.

—Lo prometo.



Tenía la máxima responsabilidad de **salvar** tanto a las almas de los libros como a las personas que se habían quedado sin imaginación.

Siguiendo mis instrucciones, regresamos hasta la biblioteca de la escuela, esta vez me acompañaban tantas almas que no hizo falta volar para sentir que ya estaba rodeada de un montón de **magia**. Atravesamos la pared y luego una por una las almas se guardaron en sus libros. Al hojearlos, las letras habían vuelto a todos ellos.

Leo y sus amigas no regresaron porque aún nos quedaba un pendiente, hacer que las personas recuperaran su imaginación.

Fase 2

—¿Ahora qué sigue, Andrea? —me cuestionó Leo.

—Tenemos suficientes libros en esta biblioteca, así que lo que haremos será repartirlos todos en la escuela, ya casi es la hora de la salida, así que conforme los niños vayan saliendo les daremos uno, y si vemos que sus papás están igual, les daremos uno también. Estoy segura de que cuando los empiecen a leer **irán recuperando poco a poco la imaginación**.



Leo, sus amigas y yo empezamos a sacar los libros de la biblioteca y a apilarlos junto al portón de salida. Los estantes quedaron totalmente vacíos, incluso las almas que nos ayudaron a sacarlos regresaron a sus libros, a excepción de Leo, quien me ayudaría a repartir.



Algo era seguro, ese día ningún libro se quedaría sin ser leído.

Sonó el timbre, los niños salieron lentamente de sus salones, caminaban como perdidos y arrastrando sus mochilas. Cuando se acercaban yo les daba un libro, lo tomaban y se iban.

—¡No olviden leerlo!



A muchos papás y gente que pasaba les di uno también.

—¡Regrésenlo cuando terminen para que más personas los puedan leer!
—decía muy **emocionada** y con la esperanza de que la fase 2 funcionara.

Terminamos de repartir, todos estaban tan distraídos sin imaginación que no se dieron cuenta de que Leo me pasaba los libros, seguramente los hubieran visto flotar, pero se lo perdieron.

Entonces vi que mi mamá se acercaba para recogerme.

—Espera, mamá, olvidé mi mochila en la **biblioteca**.



Caminé junto con **Leo** hasta ahí, recogí mis cosas y me despedí de él, pero no para siempre, pues me lo llevaría para leerlo y sabía que siempre estaría conmigo, acompañándome dentro del **libro**.

Esa tarde fue aún más desesperante que cuando mis amigos perdieron la **imaginación**; contaba los segundos para que fuera el día siguiente y pudiera ver a todos recuperados.

Me **desperté**, me puse rápido el uniforme y me alisté para irme a la escuela. Logré convencer a mamá de que tenía que llegar antes que nadie y, efectivamente, llegamos tan temprano que todavía ni abrían el portón. Cuando lo hicieron, en lugar de irme al salón o a los juegos me quedé en una banquita cerca de la entrada, esperando a que los demás llegaran.

Los primeros fueron unos hermanos, ¡estaban normales! Brincaban y reían, corrieron hacia los juegos y empezaron a imaginar. Luego llegaron más y más niños, todos habían recuperado el brillo y corrían con los libros bajo el brazo. Cada rincón de la escuela se empezó a llenar de la **melodía de la imaginación**, pues ahora estaba de nuevo dentro de los niños.

También los padres estaban recuperados. Vi llegar a Agus y a Valentina, ahora sí que tenían todas las ganas de jugar a los piratas, a los científicos locos y a cualquier cosa que se nos pudiera ocurrir.



Jugué como nunca, ahora era más divertido porque podía escuchar a la imaginación.

A la salida, los niños que acabaron sus **libros** se dirigieron a la biblioteca a cambiarlos para vivir nuevas **aventuras**. Yo hice lo mismo, nunca vi la biblioteca tan llena. Saqué a Leo de mi mochila y cuando lo iba a colocar en el librero algo se resbaló de entre sus páginas. Era una especie de mini **reconocimiento** escrito con letras doradas, decía lo siguiente:

¡Lo lograste, Andrea!

Todas las almas de los libros están agradecidas contigo, nunca se habían sentido tan felices y llenas de tanto comer imaginación, es por ello que decidimos nombrarte General al mando del escuadrón de los Guardianes de la imaginación, sabemos que tú podrás dirigir al resto de los niños para que te ayuden en tu misión. ¡Gracias!

Desde ese día, **proteger a la imaginación** es mi principal misión, constantemente le cuento a más niños esta historia, para que la compartan y no dejen que nadie vuelva a perderla, pero sobre todo para que los libros tengan siempre mucha, mucha comida deliciosa para no estar tristes.

Ahora es tu turno, ¿te animas a formar parte de los **Guardianes de la imaginación**?



Andrea Fernanda Abonce Pasillas nació en la Ciudad de México el 29 de junio de 1999. Amante de los relatos de terror y fantasía, desde pequeña supo que quería ser escritora. A los ocho años comenzó a escribir cuentos e historias cortas. En 2017, a los 18 años, ingresó a la carrera de Comunicación en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). En 2018 obtuvo el primer lugar del Quinto Concurso de Cuento Infantil, organizado por la UAEM, con su obra *Tini y sus amigos: misión hermano*.



Alexis Eduardo Mondragón Arroyo nació en Toluca en 1996. Estudia en la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de México. Sus trabajos abarcan variedad de materiales: grafito, pintura, colores, estilógrafos; y técnicas, como puntillismo, achurado y dibujo digital. También ha realizado prácticas de arte contemporáneo: instalación, *happening* y arte-objeto. Sus temáticas de mayor interés son la fantasía, la magia y la creación de personajes para novelas gráficas. Además de la ilustración, ha impartido varios talleres de dibujo en distintas instituciones.

- △ Para leer en Navidad
- ✶ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- 🕒 Para leer solo y esperando
- 📖 Para leer antes de dormir